



## HISTORIAS

## Homenaje a Ana María Matute

*La niña de los cabellos blancos*

Lunes, 28 de julio de 2014

Lectura pública de textos de Ana María Matute.

Lugar: Eras de la ermita de Santa Catalina, sobre el antiguo pueblo de Mansilla.

Hora: 19.00.

Intervendrán poetas, escritores, autoridades, así como el público que lo desee.



**X** AGOSTO  
CLANDESTINO  
POETAS EN LA RIOJA

Con motivo del homenaje tributado a Ana María Matute por su reciente fallecimiento, se convocó en la ermita de Mansilla una actividad de lectura pública de diversos fragmentos de su extensa obra. En aquella actividad, se conoció la noticia de que las cenizas de Ana María Matute descansarían en la sierra riojana. Como colofón a ese homenaje, y dando las gracias a cuantos lo hicieron posible, reproducimos aquí los textos leídos para recordar el enorme perfil literario de la extraordinaria escritora.

## EL NIÑO AL QUE SE LE MURIÓ EL AMIGO

Una mañana se levantó y fue a buscar al amigo, al otro lado de la valla. Pero el amigo no estaba, y, cuando volvió, le dijo la madre:

— El amigo se murió.

— Niño, no pienses más en él y busca otros para jugar.

El niño se sentó en el quicio de la puerta, con la cara entre las manos y los codos en las rodillas. «Él volverá», pensó. Porque no podía ser que allí estuviesen las canicas, el camión y la pistola de hojalata, y el reloj aquel que ya no andaba, y el amigo no viniese a buscarlos. Vino la noche, con una estrella muy grande, y el niño no quería entrar a cenar.

— Entra, niño, que llega el frío —dijo la madre.

Pero, en lugar de entrar, el niño se levantó del quicio y se fue en busca del amigo, con las canicas, el camión, la pistola de hojalata y el reloj que no andaba. Al llegar a la cerca, la voz del amigo no le llamó, ni le oyó en el árbol, ni en el pozo. Pasó buscándole toda la noche. Y fue una larga noche casi blanca, que le llenó de polvo el traje y los zapatos. Cuando llegó el sol, el niño, que tenía sueño y sed, estiró los brazos y pensó: «Qué tontos y pequeños son esos juguetes. Y ese reloj que no anda, no sirve para nada». Lo tiró todo al pozo, y volvió a la casa, con mucha hambre. La madre le abrió la puerta, y dijo: «Cuánto ha crecido este niño, Dios mío, cuánto ha crecido». Y le compró un traje de hombre, porque el que llevaba le venía muy corto.

*Los niños tontos* (1956) Madrid: Arión.



## “PECADO DE OMISIÓN”

Lope salió, zurrón al hombro. Antes, recogió el cayado, grueso y brillante por el uso, que guardaba, como un perro, apoyado en la pared.

Cuando iba ya trepando por la loma de Sagrado, lo vio don Lorenzo, el maestro. A la tarde, en la taberna, don Lorenzo fumó un cigarrillo junto a Emeterio, que fue a echarse una copa de anís.

— He visto a Lope —dijo—. Subía para Sagrado. Lástima de chico.

— Sí —dijo Emeterio, limpiándose los labios con el dorso de la mano—. Va de pastor. Ya sabe: hay que ganarse el currusco. La vida está mala. El «esgraciado» del Pericote no le dejó ni una tapia en que apoyarse y reventar.

— Lo malo —dijo don Lorenzo, rascándose la oreja con su uña larga y amarillenta— es que el chico vale. Si tuviera medios podría sacarse partido de él. Es listo. Muy listo. En la escuela...

Emeterio le cortó, con la mano frente a los ojos:

— ¡Bueno, bueno! Yo no digo que no. Pero hay que ganarse el currusco. La vida está peor cada día que pasa.

Pidió otra de anís. El maestro dijo que sí, con la cabeza..

*Historias de la Artámila* (1961) Barcelona: Destino.

## LA NIÑA FEA

La niña tenía la cara oscura y los ojos como endrinas. La niña llevaba el cabello partido en dos mechones, trenzados a cada lado de la cara. Todos los días iba a la escuela, con su cuaderno lleno de letras y la manzana brillante de la merienda. Pero las niñas de la escuela le decían: “Niña fea”; y no le daban la mano, ni se querían poner a su lado, ni en la rueda ni en la comba: “Tú vete, niña fea”. La niña fea se comía su manzana, mirándolas desde lejos, desde las acacias, junto a los rosales silvestres, las abejas de oro, las hormigas malignas y la tierra caliente de sol. Allí nadie le decía: “Vete”. Un día, la tierra le dijo: “Tú tienes mi color”. A la niña le pusieron flores de espino en la cabeza, flores de trapo y papel rizado en la boca, cintas azules y moradas en las muñecas. Era muy tarde, y todos dijeron: “Qué bonita es”. Pero ella se fue a su color caliente, al aroma escondido, al dulce escondite donde se juega con las sombras alargadas de los árboles, flores no nacidas y semillas de girasol.

## LA NIÑA QUE NO ESTABA EN NINGUNA PARTE

Dentro del armario olía a alcanfor, a flores aplastadas, como ceniza en laminillas. A ropa blanca y fría de invierno. Dentro del armario una caja guardaba zapatitos rojos, con borla, de una niña. Al lado, entre papel de seda y naftalina, estaba la muñeca, grandota, con moffetes abultados y duros, que no se podían besar. En los ojos redondos, fijos, de vidrio azul, se reflejaba la lámpara, el techo, la tapa de la caja y, en otro tiempo, las copas de los árboles del parque. La muñeca, los zapatos, eran de la niña. Pero en aquella habitación no se la veía. No estaba en el espejo, sobre la cómoda. Ni en la cara amarilla y arrugada, que se miraba la lengua y se ponía bigudíes en la cabeza. La niña de aquella habitación no había muerto, mas no estaba en ninguna parte

*Los niños tontos* (1956) Madrid: Arión.



## EL VERDADERO FINAL DE LA BELLA DURMIENTE

Al fin, entraron en un bosque tan espeso y oscuro, que los rayos del sol, débiles y escasos, apenas se abrían paso en él. No se parecía en nada a los bosques que la Princesa recordaba de su niñez, ni a los que había conocido durante la primera etapa de su viaje. Era un bosque salvaje, obstruido por raíces gigantescas, donde abrirse camino requería gran esfuerzo. Las noches pobladas de gritos de lechuzas sobresaltaban su sueño, y apenas volvían a dormirse, amanecía. Lejos quedaban las noches cálidas bajo las estrellas, cuando, en la tienda de seda roja que habían armado los sirvientes, se abrazaban y amaban el joven Príncipe y la joven Princesa. Ahora también se abrazaban, pero su abrazo estaba dividido entre el amor y el miedo.

Aquel era, sin duda alguna, un bosque diferente a todos los conocidos. Y, cuando menos se esperaba, el largo aullido de algún animal desconocido lo atravesaba y dejaba su eco colgando de las ramas que, luego, el viento sacudía y esparcía. «Acaso —pensó la Princesa— sea un bosque embrujado.» Porque, en ocasiones, pudo distinguir entre los helechos, las ortigas y la alta hierba, carreras veloces o huidas de diminutas e inquietantes criaturas que ella jamás había visto antes, y de las que solo su nodriza le había hablado en su infancia. Dos o tres veces creyó distinguir sus caritas, que a primera vista parecían traviesas, para inmediatamente traslucir una refinada maldad. Luego, desaparecían entre las altas hierbas, y ella no sabía decirse si fueron verdaderas o las había imaginado o confundido con insectos, pequeños animales o diminutas criaturas del fondo de la maleza.

*El verdadero final de la bella durmiente* (1995) Barcelona: Lumen.

## PAULINA

El prado estaba mojado y lleno de barro. A lo lejos aún se veían manchas blancas, de nieve. Los nogales estaban desnudos, con grandes ramas levantadas, brillando debajo del cielo. Allí enfrente, alta, sobre la terraza, estaba la casa. Las paredes eran lo mismo que trozos de turrón de Alicante. La casa cuadrada, las ventanas cuadradas, un balcón muy largo y el tejado encarnado, con su chimenea echando humo y todo. Igual, igual que las de mis cuadernos. Sólo que las ventanas tenían todas un color azul oscuro, como si dentro hubieran puesto trocitos de papel brillante, de ese que a veces envuelve los regalos de Navidad. ¡Y cuántos árboles había alrededor de la casa! Qué sé yo cuántos árboles. Enseguida se veían, y llenaban de alegría, aunque no tuvieran hojas. Por encima de las montañas pasaba el cielo, con todas sus nubes, que aquella mañana tenía un color gris claro (pero no daba ninguna tristeza, porque brillaba mucho, como si fuera de aluminio). La tierra olía muy bien, de ese modo especial que huele la tierra cuando está mojada. Entonces noté que tenía bastante apetito, que se me despertó de pronto, sin saber cómo, y eso me puso muy contenta. Me pareció que el humo que salía de la chimenea, blanco como una nube, olía a café y a pan con mantequilla. Pero claro que eso sólo me lo parecía, porque el humo sólo huele a humo, y nada más.

*Paulina* (1960) Madrid: Garbo.



## EL BOSQUE

El bosque era el lugar al que me gustaba escapar en mi niñez y durante mi adolescencia; aquél era mi lugar. Allí aprendí que la oscuridad brilla, más aún, resplandece; que los vuelos de los pájaros escriben en el aire antiquísimas palabras, de donde han brotado todos los libros del mundo; que existen rumores y sonidos totalmente desconocidos por los humanos, que existe el canto del bosque entero, donde residen infinidad de historias que jamás se han escrito y acaso nunca se escribirán. Todas esas voces, esas palabras, sin oírse se conocen, en el balanceo de las altas ramas, en la profundidad de las raíces que buscan el corazón del mundo. Allí presentí y descubrí, minuto a minuto, la existencia de innumerables vidas invisibles, el rumor de sus secretos comunicándose de hoja en hoja, de tallo en tallo, de gota en gota de rocío, conducidos a través del bosque por los diminutos habitantes de la hierba. Percibí claramente el curso de los ríos escondidos y el sueño de las tormentas apagadas, que duermen incrustadas en las cortezas de los viejos troncos, aún fosforescentes. El aire del bosque entero parece sacudido, vibra, se cruza de relámpagos fugaces. Los gritos de todos los pájaros heridos, el último lamento de los ciervos inmolados, la sombra de los niños perdidos en la selva, miles y miles de gritos, todos los gritos vagabundos y los que anidan en los huecos de los árboles, parecen uno solo, terrible y armónico a la vez. Es la antiquísima voz que se eleva desde lo más profundo de la primera historia contada. Es la historia de todas las historias que siempre quise y quiero contar.

“En el bosque”. Discurso de ingreso en la RAE (1998)

## LOS ABEL

El sol se nubló, un viento fuerte sacudía las copas de los chopos y allá lejos en la carretera alzábanse remolinos de polvo. Parecía una pesadilla; con un aullido prolongado entre los juncos, que trituraba mis nervios de niño.

Unas criaturas oscuras jugaban juegos oscuros; piedras, barro. Me esforcé en bajar de la pared, arañándome las piernas, rompiéndome la blusa. Oía el croar estúpido de las ranas. Oscurecía. Recuerdo cómo las sombras perdían su vigor, uniformándose. Y entonces quise ser fuerte, y unirme a aquel rito extraño del lodo. Pero fracasé.

Los hermanos Abel poseían un lenguaje que ellos, solo ellos, comprendían. No es que hablaran un idioma distinto, porque cada una de sus palabras, separadamente, yo las entendía. Lo que no captaba era el conjunto de sus palabras. Tras la pared, a mi espalda, el viento seguía riéndose entre los árboles.

Cuando vinieron a buscarme conocí la alegría de la liberación. Y de regreso, carretera adelante, cuando nos sorprendió la luna, decía mi madre:

— Has sido valiente... ¿Lo ves? ¿Ves qué fácil?

No volví a ver a los Abel, y en septiembre regresamos a la ciudad.

A menudo me digo ahora, después de tanto tiempo:

— Quisiera volver allí y conocer la verdad de todo aquello. Y volveré; cualquier día volveré.

*Los Abel* (1948) Barcelona: Destino.



## FIESTA AL NOROESTE

Aquel Domingo de Carnaval, cerca ya la noche, Juan Medinao rezaba. Desde niño sabía que eran días de expiación y santo desagravio. Tal vez su plegaria era un recuento, suma y balance de las cotidianas humillaciones a que exponía su corazón. Estaba casi a oscuras, con el fuego muriéndosele en el hogar y las dos manos enredadas como raíces.

— Había entrado la noche en su casa, y la lluvia no cesaba contra el balcón. Cuando llovía así, Juan Medinao sentía el azote del agua en todas las ventanas, casi de un modo material, como un redoble desesperado.

Oyó que le llamaban. La voz humana que taladró el tabique le derrumbó desde sus alturas. Volvían a llamarle. Todos en la casa, hasta el último mozo, sabían que Juan Medinao rezaba a aquellas horas y que no debía interrumpírsele. Insistieron. Entonces, el corazón se le hinchó de ira. Gritó y arrojó un zapato contra la puerta.

— Abra la puerta, Juan Medinao —le dijeron—, es el alguacil el que le llama. Viene con un guardia del destacamento...

Vio el zapato en el suelo, con la boca abierta y deformada. Se sintió terriblemente ajeno a las paredes, al suelo y al techo. Era como si toda la habitación le escupiera hacia Dios. Se levantó y descorrió el cerrojo. Estaba allí una criada, con las manos escondidas debajo del delantal.

— Ya voy —dijo. Inmediatamente se arrepintió de su voz. Trató de corregirla dando una explicación dulce—: Me has interrumpido, estaba rodeado de ángeles...

La chica torció el cuello, y tapándose la boca bajó corriendo delante de él. A las muchachas demasiado jóvenes, Juan Medinao les daba miedo o risa.

Bajó la escalera despacio. También la sala estaba a oscuras.



— ¿Qué pasa? —dijo. Los hombres eran unas manchas negruzcas y sus rostros, más claros, parecían flotar en el aire. El guardia le explicó que habían detenido a un saltimbanqui por haber partido en dos al hijo de Pedro Cruz. Fue un accidente, y su propio carro había quedado destrozado en medio de la plaza. Aquel payaso pedía ayuda a Juan Medinao.[...]

A la luz del candil, vio al hombre. Era mayor que él, envejecido, y tenía los ojos separados, con una súplica profesional, madura. El corazón de Juan Medinao se quedó quieto, como si hubiera muerto.

— Hola, Juan Medinao —dijo el payaso—. Yo soy Dingo, el que te robó las monedas de plata...

*Fiesta al Noroeste* (1953) Madrid: Afrodisio Aguado.



## PRIMERA MEMORIA

Mi abuela tenía el pelo blanco, en una ola encrespada sobre la frente, que le daba cierto aire colérico. Llevaba casi siempre un bastoncillo de bambú con puño de oro, que no le hacía ninguna falta, porque era firme como un caballo. Repasando antiguas fotografías creo descubrir en aquella cara espesa, maciza y blanca, en aquellos ojos grises bordeados por un círculo ahumado, un resplandor de Borja y aún de mí. Supongo que Borja heredó su gallardía, su falta absoluta de piedad. Yo, tal vez, esta gran tristeza.

Las manos de mi abuela, huesudas y de nudillos salientes, no carentes de belleza, estaban salpicadas de manchas color café. En el índice y anular de la derecha le bailaban dos enormes brillantes sucios. Después de las comidas arrastraba su mecedora hasta la ventana de su gabinete (la calígine, el viento abrasado y húmedo desgarrándose en las pitas, o empujando las hojas castañas bajo los almendros; las hinchadas nubes de plomo borrando el brillo verde del mar). Y desde allí, con sus viejos prismáticos de teatro incrustados de zafiros falsos, escudriñaba las casas blancas del declive, donde habitaban los colonos; o acechaba el mar, por donde no pasaba ningún barco, por donde no aparecía ningún rastro de aquel horror que oíamos de labios de Antonia, el ama de llaves. (“Dicen que en el otro lado están matando familias enteras, que fusilan a los frailes y les sacan los ojos... y que a otros los echan en una balsa de aceite hirviendo... ¡Dios tenga piedad de ellos!”) Sin perder su aire incommovido, con los ojos aún más juntos, como dos hermanos confiándose oscuros secretos, mi abuela oía las morbosas explicaciones. Y seguíamos los cuatro empapados de calor, aburrimiento y soledad, ansiosos de unas noticias que no acababan de ser decisivas —la guerra empezó apenas hacía mes y medio—, en el silencio de aquel rincón de la isla, en el perdido punto en el mundo que era la casa de la abuela.

*Primera Memoria* (1960) Barcelona: Destino.

## LA TRAMPA

No suele ser agradable el conocimiento profundo de un ser humano. La soledad, vasta y variada, no es tan desdeñable como imaginas. He conocido gentes preocupadas por llegar a destruirla, por avasallar esas invencibles barreras. Siempre he contemplado esos patéticos y tardíos esfuerzos con estupor. ¿Por qué razón, Isa? No hay razón para tender puentes de isla a isla, de continente a continente; no hay razón para cubrir el mundo con un siniestro enrejado de comunicaciones carcelarias.

No es agradable el conocimiento del ser humano. No es bueno llevar a extremos-límite el amor, envolver ahogadamente con amor, convertir en amor la curiosidad, en amor el desaliento. Nuestro íntimo y miserable desprecio, en amor. Se volverá curiosidad, desaliento, desprecio. Regresarán las olas. Nadie tiene derecho a destruir o desvelar ciertas cosas. Se puede amar, por ejemplo (por ejemplo, ¿por qué no intentas amarme así?), de isla a isla; contemplando el mar, que suele ser hermoso (según oí) incluso en el invierno. Se puede amar perfectamente, sin andar con ganchos destripando a otro ser; sin descuartizarle ni sacarle las entrañas a la luz. Entrañas que, por otra parte, continuarán confusas, horriblemente misteriosas, ante nuestros ojos. Los niños que abren los juguetes para ver lo que hay dentro, suelen quedarse un rato con cara de idiota.

*La trampa* (1969) Barcelona: Destino.



## OLVIDADO REY GUDÚ

A pesar de ser nieta de la Gran Dama del Lago, Ondina no poseía ni un ápice de su sabiduría, ni siquiera un granito de mínima inteligencia —como ocurre con frecuencia entre las ondinas—. Por contra, era de una tal dulzura y suavidad, y emanaba tal candor, que su profunda estupidez podía muy bien confundirse con el encanto y hechizo más conmovedores. Como toda ondina, era caprichosa en extremo, y su gran capricho era su Colección del Fondo, donde había cultivado con primor su jardín de los Verdes Intrincados. La colección de Ondina consistía en una ya nutrida exposición de muchachos, jóvenes y bellos, comprendidos entre los catorce y los veinticinco años. Le gustaban tanto, que a menudo arrastrábalos al fondo y allí les conservaba sonrosados e incólumes, gracias al zumo de la planta maraubina que crece cada tres mil años entre las raíces del agua. Pero se cansaba pronto de ellos, pues por más que los adornara con flores lacustres, y coronara sus cabezas con toda clase de resplandecientes piedrecitas, y acariciara sus cabellos, y besara sus fríos labios, ellos nada le decían ni hacían; de suerte que necesitaba siempre más y más muchachos para distraerse con la variedad.

*Olvidado rey Gudú* (1996) Madrid: Espasa Calpe.

## PARAÍSO INHABITADO

El parque de papá —se llame como se llame, para mí siempre será el parque de papá— me pareció enorme. Nunca había estado en un lugar semejante —nada que ver con los jardines del Museo, a donde me llevaba la Tata cuando aún no iba a Saint Maur—, y por primera vez me acerqué al gran misterio de los árboles. Papá me decía sus nombres. Unos nombres que me parecieron extraños, pero tenían la virtud de que yo los bautizara a mi vez: «El que huele a lluvia», el «que parece un viejo», el «que llora»... Todo estaba nevado, apenas había hojas ni flores. Sin embargo, me gustaba: casi más que si hubiera hojas y flores. El estanque que papá llamaba lago parecía helado. Quizá lo estuviera, quizá no, pero se me antojó de cristal duro y reluciente. No caminaba nadie por los senderos, sólo papá y yo los recorríamos despacito, mi mano escondida en la suya, y notaba su calor aunque estuviera enguantada.

Conservo un recuerdo tan vivo de aquel parque, de aquel lento, largo y callado paseo por senderos flanqueados de blancura suntuosa, que nada podrá borrarlo de mi memoria. Despacio, muy despacio, sabiendo que nadie estaba esperándonos para incorporarnos a sus días llenos de sobresaltos y vacíos, sin apenas transición. Sin que nadie nos reprochara por qué llegábamos tarde a alguna imaginaria cita. Sin tener la obligación de explicar —a oídos, por otra parte, totalmente desinteresados del asunto— qué habíamos hecho, en qué habíamos perdido el tiempo. El precioso tiempo de ellos, no nuestro silencioso vagar por senderitos bordeados de parterres blancos y árboles desnudos, con los negros brazos alzados a un cielo de aluminio. Avanzábamos así, en el mágico silencio que despiertan los parajes nevados. No sé cuánto tiempo duró aquel deambular sin rumbo, sin la obligación de llegar a alguna parte; sólo así, caminando, despacito, mi mano dentro de su mano, en el aterciopelado silencio de la nieve.

*Paraíso inhabitado* (2010) Madrid: Espasa Calpe.



## BERNARDINO

Bernardino parecía no sentir el menor dolor. Seguía quieto, zarandeado solamente por los golpes, con su media sonrisa fija y bien educada en la cara. También sus ojos seguían impávidos, indiferentes.

Cuando brotó la primera gota de sangre Mariano se quedó con el mimbres levantado. Luego vimos que se ponía muy pálido. Buque soltó las manos de Bernardino, que no le ofrecía ninguna resistencia, y se lanzó cuesta abajo, como un rayo.

Mariano miró de frente a Bernardino.

— Puerco —le dijo—. Puerco.

Tiró el junco con rabia y se alejó, más aprisa de lo que hubiera deseado.

Bernardino se acercó a “Chu”. A pesar de las marcas del junco, que se inflamaban en su espalda, sus brazos y su pecho, parecía inmune, tranquilo, y altivo, como siempre. Lentamente desató a “Chu”, que se lanzó a lamerle la cara, con aullidos que partían el alma. Luego, Bernardino nos miró. No olvidaré nunca la transparencia hueca fija en sus ojos de color de miel. Se alejó despacio por el caminillo, seguido de los saltos y los aullidos entusiastas de “Chu”. Ni siquiera recogió su medalla. Se iba sosegado y tranquilo, como siempre.

Sólo cuando desapareció nos atrevimos a decir algo. Mi hermano recogió del suelo la medalla, que brillaba contra la tierra.

— Vamos a devolvérsela — dijo.

Y aunque deseábamos retardar el momento de verle de nuevo, volvimos a “Los Lúpulos”. Estábamos ya llegando al muro, cuando un ruido nos paró en seco. Mi hermano mayor avanzó hacia los mimbres verdes del río. Le seguimos, procurando no hacer ruido.

Echado boca abajo, medio oculto entre los mimbres, Bernardino lloraba desesperadamente, abrazado a su perro.

*Historias de la Artámila* (1961) Barcelona: Destino.

## LA TORRE VIGÍA

A pesar de que me alimenté muy frugalmente, lo cierto es que, cosa rara, no tenía hambre. Tampoco sentía sed, ni sueño. Me arrebujé en la vieja piel que mi padre mandó descolgar en mi obsequio y que, en rigor, constituía la parte más sustanciosa de mi patrimonio. En vano traté de dormir. Una suerte de paroxismo interior me sacudía, algo que no era impaciencia, ni deseo, ni terror, ni siquiera ambición o esperanzas de gloria y dominio. Algo me mantenía en vela, los ojos muy abiertos, tanto, como sólo había experimentado una vez, a los seis años. Y no sabía si mi espíritu se estremecía por la más extrema forma de gozo o desesperación humana. Me dije entonces que, en verdad, no tenía motivo para ninguna de las dos cosas, pues nada conocía que pudiera justificar, hasta tal punto, estado de ánimo semejante; intenté serenarme, cerrar los ojos, pero no conseguí ni lo uno ni lo otro.

Súbitamente, un terror centelleante pareció atravesarme las entrañas. No era terror a la muerte, ni a criatura alguna, algo atroz y difuso a un tiempo, que me hacía temblar, como un poseído. Por entre las ramas de los árboles donde me había amparado distinguí el brillo lejano y frío de diminutos astros. Y vi, claramente, infinidad de noches transparentes o esferas errantes: praderas de aire y fuego se deslizaban bajo mis pies y sobre mi cabeza, inundándome de un resplandor tan vivo como ningún fuego podía producir. Con lúcido estupor como si de un sueño largo y pesado renaciase, me pregunté hacia dónde rodarían mis noches, hacia dónde erraban o caían todos mis días conocidos y olvidados. Me pareció que por primera vez, a través de aquellas ramas, se me ofrecía la total y absoluta visión de la vida y del mundo. Y que en su resplandor yo persistía y renacía continuamente y aún más: eran parte de mí mismo. Luego, el fuego declinó y de nuevo se interpuso entre mis visiones y mis ojos la noche lisa y dura, con sus lejanísimas estrellas.

*La torre vigía* (1971) Barcelona: Lumen.



## EL RÍO

Después de once años, he vuelto a Mansilla de la Sierra, el paisaje de mi niñez. El pantano ha cubierto ya el viejo pueblo, y un grupo de casas blancas, demasiado nuevas y como asombradas, resplandecen en el verdor húmedo de otoño.

Después de tanto tiempo, regresar al antiguo paisaje remueve y reaviva las imágenes borrosas, al parecer olvidadas, que saltan ante nosotros con un extraño significado actual, y, a veces, patético. Pero todo está ahogado, viviente y ahogado a un tiempo, bajo esa capa de cristal verde oscuro, que impide el paso hacia la vertiente de los bosques de Aranguencia, Ombrihueles, allí donde tanto amé las hayas, los robles. El agua cubre lo que fueron vegas hermosas y dulces, bordeadas de álamos y chopos. Allí enfrente, al otro lado del pantano, están los árboles, las hojas que nos vieron niños, adolescentes. El agua lo cubre todo: el fantasma de la casa, los muros de piedra, el prado, la huerta, la chopera... Cuántos nombres, cuántas carreras de niño, ya mudos. (...)

Y el río, ¿cómo ha desaparecido de forma tan extraña? Yo recuerdo el río, limitando el prado, con sus anchas losas cubiertas de líquen y de musgo; los juncos tiernos, las flores blancas, moradas y amarillas, las pequeñas “matas del jabón”, las libélulas que al sol se volvían fosforescentes; las oscuras pozas bajo los árboles inclinados, puentes cojos sobre el agua. Sabíamos que el río se desbordaba a veces, en el invierno, y que derribaba trechos del muro de piedras. Pero nunca lo vimos así, rebasado, superado: como huido. Ya sé que ese río vuelve a formarse más abajo. He leído su nombre, lo he oído bajo un puente, ya en el llano, entre las huertas y la tierra fértil de la Rioja. Pero no es nuestro río, no es aquel que nosotros sabíamos. No es el que corría y se llevaba nuestras voces, aquel que nos hurtó, más de una vez, corriente abajo, el pañuelo o la sandalia. No sé adónde fueron su agua verde y oro, su caz umbrío, su orillas invadidas de menta. Dicen que está ahí, donde el agua se ha ensanchado, tomando un tinte espeso del color del miedo, e inundándolo todo. Pero no entiendo estas cosas. En el fondo del pantano vivirá aún aquel río. Y, cerrando los ojos, lo veo intacto como un milagro. Un río de oro que corre hacia algún lugar de donde no se vuelve, como la vida.

*El río* (1963) Barcelona: Argos.

## LA TRAMPA

Soy un vulgar mercader. Me he autovendido, a pedacitos, poco a poco, para poder especular progresivamente con mi propia verdad. Empecé a comprarme pedacitos de mi propia verdad el día en que me dije: *No puedo hacer esto, o aquello; hay un gran impedimento en mi vida, la gran responsabilidad que ello representa...* Continué comprándome parcelas de autoverdad cuando se me reveló la fuerza de algunos muchachos que no han aprendido a especular, ni quieren engranarse en el sistema de autoconsumición que me atrapó a mí. Seguí vendiéndome mi propia verdad aun entre esos muchachos que no precisan, para rebelarse, ni el odio, ni la estolidez, ni el hambre. Pero son muchachos jóvenes, y yo he perdido al muchacho que fui. O, acaso, no lo tuve nunca, no lo fui nunca. Es una extraña sensación esta, como si me contemplase desde un ángulo, ajena y claramente. Es como si, de pronto, les viese a ellos, delante de mí, doblando la esquina, perdiéndose. Y me he visto correr tras de ellos, con la anciana a cuestas, sintiendo sus golpes y sus dulces nombres: y les he gritado a esos muchachos que me esperen, que esperen, que no les quiero perder. Pobre y humillante verdad, muchacho envejecido, profesor de vacaciones para chicos que perdían el curso; oscuro corrector de páginas que hablan del petróleo, del porvenir del aluminio, de muchachas que besan a hombres maduros en el último capítulo, de traducciones infamantemente proferidas: irreconocibles idiomas en lucha despiadada contra el sucio, desgraciado y mísero hombre que arrastra un cadáver de anciana; heredero de un solo bien: la venganza. Pero he seguido, sigo, aún estoy en el límite mismo en que parece suspendida la desenfrenada carrera. Estoy aún comprándome, y vendiéndome. Cada vez me vendí más caro, cada vez me compré a mejor precio. He hecho conmigo espléndidos negocios. Mi verdad en venta ha sido bien autocotizada. Recuerdo que una vez, siendo niño, conocí a un hombre que contaba mentiras, y se las creía. Si no las hubiera creído, lo hubiese tenido por gracioso, o embustero. Pero, como las creía, sólo parecía un desdichado loco.

*La trampa* (1969) Barcelona: Destino.



## LOS RELOJES

Me avergüenza confesar que hasta hace muy poco no he comprendido el reloj. No me refiero a su engranaje interior —ni la radio, ni el teléfono, ni los discos de gramófono los comprendo aún: para mí son magia pura por más que me los expliquen innumerables veces—, sino a la cifra resultante de la posición de sus agujas. Éstas han sido para mí uno de los mayores y más fascinantes misterios, y aún me atrevo a decir que lo son en muchas ocasiones. Si me preguntan de improviso qué hora es y debo mirar un reloj rápidamente, creo que en muy contadas ocasiones responderé con acierto. Sin embargo, si algo deseo de verdad, es tener un reloj. Nunca en mi vida lo he tenido. De niña, nunca lo pedí, porque siempre lo consideré algo fuera de mi alcance, más allá de mi comprensión y de mi ciencia. Me gustaban, eso sí. Recuerdo un reloj alto, de carillón, que daba las horas lentamente, precedidas de una tonada popular:

*Ya se van los pastores a la Extremadura.*

*Ya se queda la sierra triste y oscura...*

También me gustaba un reloj de sol, pintado en la fachada de una iglesia, en el campo. Este reloj me parecía algo tan cabalístico y extraño que, a veces, tumbada bajo los chopos, junto al río, pasaba horas mirando cómo la sombra de la barrita de hierro indicaba el paso del tiempo. Esto me angustiaba y me hundía, a la vez, en una infinita pereza. Cómo me inquieta y me atrae el tictac sonando en la oscuridad y el silencio, si me despierto a medianoche. Es algo misterioso y enervante. Durante la enfermedad, si es larga y debemos permanecer acostados, la compañía del reloj es una de las cosas imprescindibles y a un tiempo aborrecidas. Me gustan los relojes, me fascinan, pero creo que los odio. A veces, la sombra de los muebles contra la pared se convierte en un reloj enorme, que nos indica el paso inevitable. Y acaso, nosotros mismos, ¿no somos un gran reloj implacable, venciendo nuestro tiempo cantado?

Deseo tener un reloj. Muchas veces he pensado que me es necesario. No sé si llegaré a comprármelo algún día. ¿Lo necesito de verdad? ¿Lo entenderé acaso?

*A la mitad del camino* (1961) Barcelona: Rocas.